

La abeja erraba, era el alba extensa, el pájaro lanzaba ligeros gritos, los moscones tocaban paso de carga para el asalto á los rosales floridos.

Aquello era encantador. ¡Adiós aquellas fiestas, adiós alegría, adiós estío, adiós tumulto de cabezas en la risa y la claridad!

¡Adiós bosques en los cuales el viento lucha, en los que Juan, buscador de nidos de gorriones, tocaba la flauta tan bien como un griego de la isla de Tinos!

Se hace necesario volver á la gran ciudad que Alceste dejara á Enrique, en la que la multitud aún sería vil si Voltaire no hubiese reído.

¡Negro París! ¡montón de piedra lúgubre que, sin Molière y Rabelais, no sería otra cosa que un jalón sosteniendo la cadena de los palacios.

Es necesario volver al laberinto de pasajes, de callejones, de costumbres, en el que se siente, en la inmensidad de los rumores, un temor sombrío.

Miraré á mi vecina, puesto que no tengo otra flor, el vidrio vago en que se dibuja su perfil, divino de palidez,

su hornillo, en el cual se hincha la crema, sus labios que aún dicen mamá... ¡Cuidado!, esto es el umbral de un poema, es casi la orilla de una novela.

Mi vecina es una obrera de frente de nieve, de dientes de esmalte, á la que se ve todas las noches en oración y todas las mañanas en el trabajo.

Este ángel ignora que yo existo, y, dejando vagar sus ojos negros, sin saberlo me pone triste, y alegre sin quererlo.

Es limpia, dulce, fiel, y recibió de Dios, que la bendice, sencilleces de golondrina que no sabe sino hacer su nido.

XVI

ETAPAS DEL CORAZÓN

1817

ADOLESCENCIA

Iba yo ¡oh tiempo lejano! á soñar al Luxemburgo, desde el alba, y yo mismo era la mañana. Los nidos dialogaban en voz baja, y las desiertas avenidas estaban envueltas en sombra y sol; yo estaba pensativo, era profundo, era pueril. ¡Cómo miraba y qué modo de espiar! ¿A quién? á la Venus, á la Hebe, á la ninfa cazadora. Sentía la invisible caricia de la primavera. Acechaba lo desconocido. Vagaba. ¡Qué curioso es el Querubín en que se despierta Des Grieux! ¡oh mujer, misterio, ser ignorado al que se inciensa! A veces era obsceno á fuerza de inocencia. Mis miradas violaban la vaga desnudez de las diosas, en pie bajo el follaje del estío; contemplaba desde lejos aquellas redondeces mal cubiertas, y estaba enamorado de todas las estatuas; y hasta se me figura que encolericé á más de una. Las audacias en la sombra igualan á los terrores, y, atrevido como un paje y temblando como una liebre, olvidando latín, griego y álgebra, con la fiebre

que resiste á los Bezouts y desafía á los Restauds, permanecía estupefacto al pie de los pedestales, cual si esperase que el viento levantara, debajo de algún árbol, las faldas de una Diana de mármol.

II

1819

Y juntos cogíamos la vincapervinca.

Yo suspiraba, creo que ella soñaba. Mi mejilla tenía apenas un ligero vello. Ella se había puesto su enagua de los domingos; yo se la bajaba cada vez que una rama se la levantaba.

Y juntos cogíamos la vincapervinca.

El diablo es ladino, pero nosotros somos muy necios. Ella se sentó bajo encantadoras cunas, cerca de un arroyo que por la hierba corre, y vosotros cantabais, pajarillos, en vuestra franca alegría.

Y juntos cogíamos la vincapervinca.

No obstante, el paraíso para mí estaba perdido. En aquel momento un macho cabrío de pie de horquilla pasa y me dice:—Inclínate. Me inclino. ¡Angeles del cielo! ¡vi su garganta blanca bajo su pañoleta!

Y juntos cogíamos la vincapervinca.

Yo era muy joven y temía ser osado. Ella me dijo:—Ven á descansar bajo mi sombrilla. Y me dió un

golpecito con el mango. Y yo tomé la revancha con un beso.

Y juntos cogíamos la vincapervinca.

20 septiembre 1854.

III

1820

Una ráfaga, soplo listo y encantador, hizo que sus faldas se agitaran locamente. Sabía yo que era alada, estrellada, azulada, y la adoraba; mi alma iba tras ella hacia el empíreo. ¡Oh, el amor!, él lo es todo; lo demás es vano. No suponía que aquel ser divino que me llevaba, soñador, tan lejos de la materia, tuviese piernas; de pronto vi su liga, y esto me chocó.— ¡Cómo!—me dije.— ¡También ella! Mírola conmovido, tembloroso, ardiente, transido, ¡y veo carne donde yo adoraba un alma! Sea. El sueño acabó. ¡Luego no es otra cosa que una mujer que anda sobre la tierra y á la cual la ropa se le recoge hacia arriba cuando hace viento!

Y me sentí todavía más enamorado que antes.

IV

1822

QUINCE - VEINTE

Solos nos encontrábamos en la sombra y el éxtasis supremo. Ella decía:— ¡Te amo!, y yo decía:— ¡Te

amo! Ella decía:—¡Siempre!, y yo:—¡Siempre!, exclamaba.—Nuestros corazones son esposos,—continuaba ella,—nuestros amores vencerán al destino, y nada me atormenta, siendo tú el más fuerte y yo la más amante. Y yo agregaba:—Mira, la ciudad está envuelta en sombra. Lo prudente fuera vivir en los bosques. Ella decía:—Vivamos en ellos, seamos prudentes.

Si deseáis saber la cifra de nuestras edades, ella quince, yo veinte; entre los dos hacíamos un ciego. Y nuestros ojos estaban llenos de rayos.

V

1826

Primavera. Mayo lo decreta y es lo oficial. El amor, ese infierno azul muy semejante al cielo, llena la alta bóveda, los campos, los prados, las flores, las hierbas; en los elevados bosques lascivos y soberbios la inocente naturaleza abre su corazón sencillo, inmenso, insultado por el burlón mirlo. La voluntad de amar reina, sobrenatural, en todas partes. ¡Cómo se adora y cómo se disputa! Las mariposas, dispersas por el bosque ingenuo, con el primer capullo venido hacen infidelidades á las rosas, sus amantes. Se oye el murmullo de las cóleras encantadoras y apaciguanse las grandes iras en el agosto cuchicheo del beso. ¡Oh vida universal, profundo fin de los cielos! ¡Cómo á fin de que todo sea sólido, vacila todo! ¡Cómo cede todo, á fin de que todo dure! ¡Oh rayos de luz! El idilio dice al abismo, sonriendo:—¡Intentémoslo! Y el abismo obedece, y el mar sombrío adora. Abrese el germen, canta el nido, dórase el azul; la eterna indulgencia

sueña en el fondo del firmamento, y las suaves pañoletas vuelan vagamente.

10 abril 1875.

VI

1828

Siempre temí abordar á una mujer: Arriesgar el corazón es tan grave como arriesgar el alma. La mujer es la parte de arriba de ese abismo conocido con el nombre de amor. ¡Qué trampa! Y ¿cómo decir á las diosas:—Buenos días? Se saluda, y la bella observa; se está con la cabeza descubierta. ¿Ella está pensativa? Se tiene miedo. ¿Ríe? Se tiene aire de imbécil. Se es Platón por miedo á parecer Rabelais. Y yo os adoraba, señora, y temblaba. Lo cual es conveniente, pero es inepto. Y, tímido, cuidadoso por Circe, preocupado por Armida, era ambicioso, inmóvil y prudente, y parecía un árbol imbécil esperando á que una estrella huyera y volase sobre sus ramas. Otros, no obstante, fatuos de modales francos, os saludaban, atrevidos, y, llenos de embriaguez, entraban en plática con vuestros ojos encantadores, y sus frentes se inclinaban ante vuestra sonrisa. Yo era como un necio que se deja proscribir, hasta que cierto día, ¡tanto peor!, mi corazón se decidió, y me dije que era tiempo de que saludara yo á mi vez.

VII

1833

Á F...

Puesto que la alegre primavera vuelve á bailar y á reír; puesto que el dulce Horacio y el suave Zéfiro

me esperan en mitad de los prados y entre los arbustos, uno con perfumes, otro con canciones; puesto que la tierra, cubierta de flores, parece una alfombra de Persia; puesto que el viento murmura y dispersa en el espacio las brumas y las nieblas en flotantes archipiélagos, pláceme responder á aquellos profundos gritos, pláceme vagar por las suaves praderas, arrastrando conmigo el enjambre de ensueños y la estrofa que vuela por encima de mi frente. Mientras que bajo el cielo azul las almas amen; mientras que abril, ese bordador, con hierba, rosas y hojas, cree toda clase de cosas encantadoras, y que Dios, de los montes, de los aires y de las aguas, haga grandes palacios para los pájaros pequeños; mientras el alba se abra en esa sombra en que vivimos, los sueños se agitarán sobre la cabeza de los hombres y los pensadores serán enternecidos en los bosques. Los frescos jarales están llenos de pudores acorralados; mujeres, pájaros, todo cede, y los besos se confunden, las vagas adoraciones se disputan vagamente, suspira el agua, ábrese el lirio, resplandece el firmamento, y, si tú quieres, seré tu amante.

VIII

1835

PASEO

Te adoro. Seamos dos felices. Ven á sentarte á una sombra que se asemeje algo á la noche. Caminemos bien despacio. Sé pensativa. Está cansada. Aprovechemos el momento en que no pasa nadie; entremos en el jaral, ocultémonos entre los trigos maduros

¡Que no pueda yo elevar bruscamente aquí en este casto retiro, cuatro paredes, con sólo un movimiento de varita mágica! La naturaleza es un ojo invisible que espía; deslicémonos; el silencio oye; desconfiemos del ruido que hace un alma abrazando dos rodillas. Porque yo no soy otra cosa que un alma; pero un alma puede coger en su zarpa á una mujer, y llevársela, y producir un misterioso ruido de leona bajo tierra y de águila en el cielo.

Riñes. ¡Un beso!—¡Nunca! Te lo quito. Dices: —¡Está mal hecho!—Y quito un alfiler á tu vestido. El amor gusta de los ojos enfadados del pudor, y nada es más encantador que un paraíso enojado. Es cierto, hermosa. Desde que los blancos hombros de Galatea se ocultaran bajo los sauces, y vió Marot, sin ser por ello muy castigado, que á una dulce sonrisa puede seguir un dulce no, una inefable gloria va unida al amor. La mujer está rendida por su exceso de poder; vencida, sabe que es ama; nos gusta; ¡cuán encantador es tener lo que se quería y sentir callarse muchos reproches! ¡Cómo embriaga un rubor vago después del feliz misterio, y cómo se siente el precio de un favor que casi quiere volver á guardar un silencio meditativo! ¿Volver á guardar? No. ¿Para qué? ¿Dar más aún? Acaso. Ocultémonos. Se ha movido una rama. Eso es traicionero. Se adivinaba que Esquilo tenía una cita con Megarilis, la feroz de los dulces ojos, y que ella se dejaba decir ternuras, cuando las hojas temblaban en el bosque de las adelfas.

12 julio 1874.

IX

1842

¿Qué es lo que este año se lleva sobre su ala? Yo no soy menos tierno y tú no eres menos bella. Nuestros corazones no han envejecido ni un día en diez años. No te quejes, nada echés en cara al tiempo; conforme huye, nos acerca al cielo, sin apartarnos del amor.

31 diciembre 1842.

X

1845

EN UN VIEJO GLAUSTRO

—¿Por qué no hablasteis antes?—díjome ella entonces. Y yo respondí en voz baja:—Pero ¿qué querías que te pidiese? Tutear á una estrella es dulce audacia, aun en imperfecto de subjuntivo. Ella se había ya ruborizado mucho; lo que hizo que se pensara, con el deseo en mi alma y en la suya el miedo, en refugiarse en esta iglesia antigua en que nos hallamos, uno y otro rezando en el lugar santo, ella á María, un ángel, y yo al Amor, un dios.

XI

1847

Ves un hombre, con un proyecto bajo los cielos. Mis ansias no tienen freno, soy ambicioso. He re-

suelto tener un domingo soberbio, y mi plan es que vayamos á tendernos sobre la hierba. Abrigo este designio, me construyo esta ópera. Y seremos tantas parejas como se quiera. Buscaremos un sitio desierto, una capilla, un caserío cuyo nombre no sepamos, que no tenga más barón que el mirlo silbador, que esté arruinado y lleno de florido, horribles muros, negros en la sombra, completamente ferozes. Allí, las bocas tendrán bondades para las bocas; éste es mi programa. Hay un arbusto glotón cuya hoja es tan encantadora, que con ella se hacían en otro tiempo coronas á los vasos; adorna las viejas paredes de alcobas poco severas; gracias á él, una casa que se desmorona está completa; hermosa, mucho me gusta ese tapicero de las casas ruinosas. Ven, seremos felices, y por auxiliares ¡oh bella! tendremos á los dioses, los cánticos, las yedras. El mes de mayo cumplirá con su deber; Dios clemente lo quiere; se oirá el vago cuchicheo de profundidades de pájaros bajo espesuras de árboles, se hablará bajo; los senos serán mármoles, no los corazones; se tendrá á cualquier amigo por testigo, sin que esto sea obstáculo para que él pueda irse un poco más lejos.

28 mayo.

XVII

VIRGILIO EN LA SOMBRA

Canto á Licaris si Galo lo desea; mandaré hacer un peine de coral en Corcira (1) para peinar los cabellos divinos de Amarillis; á Cimodocia, con más ro-

(1) Corcira, la isla que hoy se llama Corfú.

sas y más lirios en su seno que la primavera en la llanura; á Cloe, que sabía como arreglárselas con Sileno para hacerle cantar el Olimpo y el cielo azul, y para hacer salir del borracho el dios; á Neera, que, completamente desnuda, supo domar al fauno y á Flora, tan hermosa que hubiera hecho huir á Tisifone. En los versos que leerá el porvenir, pondré á Cimodocia, Cloe, Flora, y vos, á Neera.

XVIII

¿No es verdad, amor mío, que la noche es muy lenta cuando se está sola en la cama y no se puede dormir? Se oye palpar el péndulo tembloroso y gemir fuera los campanarios de hora en hora. El espíritu flota, despierto, entre los sueños innumerables. No se tiene, en aquella sombra en que falta todo sol, el sueño que cubra de olvido la noche oscura, ni el amor, para haceros olvidar el sueño.

8 septiembre 1844.

XIX

Da la hora, un día va á nacer. Vaga la nube por el cénit, la barca está bajo tu ventana, la golondrina se halla en su nido. En tu alma, que él fecunda, vive el amor noche y día... ¡Deja que huyan la barca y la onda! No dejes huir al amor.

Las horas suelen hablar á nuestros corazones desolados, cuando abandonan en la sombra alguna igle-

sia del bosque. Las peores y las mejores pasan sobre nosotros una tras de otra... ¡Deja, ángel, que huyan las horas! No dejes huir al amor.

¿Hay alguna cosa en el mundo que no flote á uno ú otro viento? La nube es como la onda, clara á veces, sombría en ocasiones. ¡Se marcha! Triste viaje, sin objeto, sin fin, sin regreso... ¡Oh, deja que huya la nube! No dejes huir al amor.

¡La onda, la nube y la hora, todo pasa, todos pasamos! ¡Viva en nosotros una cosa cuando todo cambia en rededor nuestro! El pájaro abandona raudamente su dulce nido, su vieja torre... ¡Oh, deja que huya la golondrina! No dejes huir al amor.

28 junio 1844.

XX

UN DÍA EN QUE ELLA ME DIJO: DADME VUESTROS OJOS

¡Oh, mis ojos son vuestros! Son, lo proclamo, audaces, porque con frecuencia su mirada se eleva hasta vuestra alma ó hasta los cielos.

Guardáoslos. Os doy, ¡oh corazón grande que admiró en vuestros dolores!, su lenguaje secreto, su ardor, y su sonrisa y sus lágrimas.

¡Derecho absoluto tenéis sobre ellos! El derecho dulce y supremo de encantarlos, el derecho de abrirlos, y, cuando gustéis, ¡el de cerrarlos!

20 marzo 1845.

XXI

¿Por qué me ofreces tantos pequeños misterios en que yo no comprendo nada? Enciendes mis celos queriendo callarlo todo. En la sombra entreveo un aprendiz de notario ó cualquier Trilby, tunante aéreo.

¿Es que te gusta verme inquieto? Sabe que un bruto medita en mí. Me llenas la cabeza de pensamientos. El amor es un loco que empuja á una bestia; Jocrisse está detrás, Otelo delante.

14 mayo.

XXII

No teniendo ni bosques ni cotos, y siendo, dada mi edad avanzada, demasiado oso, alquilé un antro en el sexto piso de casa en Flicoteaux.

El otro día, frente á mi puerta, noté que había otra tocando á ella; y vi aquel dorado reflejo que el amor nos muestra con el dedo

Me parece que me equivoqué de puerta, un dios nos fascina; entré sin llamar en una gruta vecina.

Marta estaba sentada en la cabecera de su lecho, y ¡encanto irresistible!, sobre sus cabellos de ángel veíase un gorro de diablo.

¡Cabellos de oro! ¡Qué desenvolvimientos, qué

transportes se suponen en vuestros encantadores desórdenes cuando en ellos se pone una rosa!

Corre el pájaro hacia las ramas, su pie buscó su zapatilla; yo dejé escapar una de aquellas palabras tontas que el amor nos dicta.

Nos miramos; yo huí con el alma iluminada. ¡Oh, siento rodar los dados del obscuro destino!

11 julio 1853.

XXIII

Á LA PRINCESA S. G.

Mi verso se apresura y vuela hacia quien le llama. Ella hace desde muy lejos meditar á mi encantado corazón. Cuando tan grande es el espíritu, el alma ha de ser muy hermosa. Si tan grande es la dicha de ser por ella comprendido, ¿cuál no sería la de ser amado por ella?

XXIV

No sé por qué las mujeres hacen tantos remilgos para mostrar ese lado encantador de sus almas que permite adorarlas.

Tienen la vergüenza divina de ser bellas y de arrastrar al hombre hacia el objetivo que su corazón adivina y niegase á adivinar.

La belleza, celeste y serena, sabe caer permaneciendo en pie, sabe ser esclava sin cesar de ser reina, sabe tomarlo todo dándolo todo.

En el fondo no son muy malas. El amor es la canción de los nidos; mujer, al comenzar tu cantas, sin perjuicio de llorar cuando acabas.

28 mayo.

XXV

EN EL BOSQUE

¿De qué hablaba el viento? ¿Por qué temblaban las ramas? ¿Era, en este dulce mes de los nidos y las vincapervincas, porque los pájaros corrían por los gladiolos, ó porque ella y yo solos estábamos allí? Ella titubeaba. ¿por qué, sol, cielo, rocío, aurora? Tratábamos de ir, llenos de pensamientos, ella hacia el campo, y yo camino del bosque. Cada cual tiraba del otro por su parte, y, discreto, yo la seguía primeramente; luego, á su vez dócil, seguíame ella á mí, como en otro tiempo en Sicilia lo hicieron Flora y Mosco, Teócrito y Lida. Como ella nunca me había concedido nada, yo reía, porque lo mejor es tratar de reír cuando se quiere coger un alma y no se sabe qué decir. Yo era el más feliz de los hombres; sufría. ¡Cuán espeso es el musgo en el fondo de los antros frescos! En ciertos instantes brotaba un relámpago de nuestra alma; ella murmuraba:—Caballero... y yo:—Señora...; y quedábamos pensativos, mudos, vencidos, vencedores, después de producirse aquella luz en nuestros dos corazones. Una fuente decía no sé qué cosas

bajo un sauce. Yo aun no había visto más que un poco de su hombro, no sé cómo ni dónde. ¡Oh, cuán locos nos torna la loca primavera! La audacia de los gorriones bajo las obscuras hojas, las mariposas, la abeja haciendo su colecta, las picadas, los suspiros, asemejábanse á vagas tentativas, y yo sentía miedo, sintiendo que me animaba. Verdad que es acción extraña vagar en la sombra hasta el punto de cesar de ser un ángel, y que la hierba estaba suave, y que es fabuloso atreverse á estrechar entre los brazos á una mujer de ojos azules. Sentíamos vagamente que nos deslizábamos por la pendiente del idilio en la que el amor, traidor y divino, serpentea, y que conduce, al través de no se sabe qué jardín, á menudo al infierno, pero pasando por el edén. La primavera deja hacer, permite, nada en ella se mueve. Avanzábamos; ella, que era sonrosada, se tornaba encarnada, y yo no sabía nada, temblando ante mi éxito, siho que ella pensaba en lo que iba yo pensando. Pálido, yo pronunciaba nombres: Beatriz, Dante; abríase su corpiño, y mi pupila ardiente brillaba, porque el enamorado encierra un curioso.—Ven—dije...—¿Y por qué no? ¡oh bosque misterioso!

3 abril 1874.

XXVI

LA PRINCESA DE JOINVILLE

CANCIÓN

El príncipe de Joinville se ha hecho á la mar. Su esposa deja caer una mirada de desolación sobre la ciudad. El príncipe de Joinville se ha hecho á la mar.